
PRÓLOGO

Este libro fue escrito en el lapso de 30 meses que va de noviembre de 1978 a mayo de 1981, y luego revisado cuidadosamente para esta edición, con el agregado de importantes pasajes, incluido un nuevo capítulo, entre julio de 2003 y abril de 2004; pero recoge y representa el esfuerzo interpretativo y el trabajo analítico de más de cincuenta años. La primera edición, con el título *Lo barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier* y un antetítulo: *Introducción a las Obras Completas de Alejo Carpentier*, la hizo en México Siglo XXI Editores, en 1982, y una segunda edición en 1984, cuando aún estaba al frente de la empresa mi entrañable amigo don Arnaldo Orfila Reynal.

Para nosotros, el estudio de la obra de Alejo Carpentier, aun sin proponérselo, ha constituido una verdadera especialización, al mismo tiempo que un quehacer fascinante y apasionado. Marginalmente, ha representado también una experiencia maravillosa, dentro de la cual el contacto directo con personajes tan extraordinarios como Alejo y Lilia Carpentier no ha sido lo menos prodigioso. Alentados por una amistad entrañable, nacida al calor de esa dedicación nuestra al estudio de la obra carpenteriana, este se convirtió para nosotros, desde temprano, en un auténtico reto. Reto que en lugar de decrecer, fue siempre en ascenso. Contribuyó a ello, por supuesto, la circunstancia de que se trataba de una obra en proceso, que dentro de aquel período de cincuenta años se fue desarrollando de una manera asombrosa. A lo cual debe agregarse que la calidad de esa obra no decayó nunca; por lo contrario, siempre fue *in crescendo*. Morir, por ello mismo, no

significó para Carpentier el cierre y la culminación gloriosa de un ciclo, sino mas bien la interrupción, a los 75 años de edad, de un impulso creador que todavía podía habernos dado obras de igual o mayor importancia de las que ya nos había proporcionado.

Para tener una idea de lo que para nosotros ha sido el estudio de la obra carpenteriana, bástenos con señalar que nuestro primer trabajo acerca de la misma fue publicado en 1953. Se trata de un breve ensayo publicado en febrero de ese año en el *Papel Literario* del diario *El Nacional*, de Caracas, cuyo director era entonces Mariano Picón Salas. No habíamos cumplido aún los 22 años, y tuvimos la inmensa fortuna de que Picón Salas, el insigne humanista, hablase muy elogiosamente de ese trabajo, nacido bajo el poderoso impacto que en nosotros causó la lectura de *El reino de este mundo*.

Conocimos entonces, personalmente, a propósito de ese escrito, a Carpentier. Fue en la antigua librería Pensamiento Vivo de Caracas, de muy grata recordación, donde solían congregarse intelectuales, consagrados y noveles, estudiantes universitarios y simples gustadores de la tertulia, atraídos por un grato ambiente cuya mayor amenidad la ponía la conversación inteligente y chispeante de José Rivas Rivas y Néstor Tablante y Garrido. Por allí pasaba todos los mediodías Alejo Carpentier, en camino hacia el diario *El Nacional*, a donde iba a escribir su celeberrima sección diaria “Letra y solfa”. Cada vez se detenía brevemente, conversaba unos minutos y proseguía su marcha, siempre cargado de un inmenso maletín repleto de libros, revistas y periódicos que recibía de todas partes del mundo. En una de aquellas ocasiones, el mismo día en que había salido publicado nuestro trabajo, sin que él supiese quién era aquel que discretamente escuchaba, se refirió con grandes elogios y marcado entusiasmo a nuestro ensayo sobre *El reino de este mundo*. Después de lo cual Rivas Rivas nos presentó. Así conocimos a Alejo.

Reafirmóse, con el conocimiento de aquella fascinante personalidad, la admiración despertada en nosotros por *El reino de este mundo*, novela que venía a romper abruptamente los esquemas narrativos dominantes todavía en el continente latinoamericano, en buena parte aún bajo la impronta de la llamada *novela de la tierra*, uno de cuyos *monstruos sagrados* era precisamente nuestro Rómulo

Gallegos. Y aquel mismo año, reciente la lectura de esa novela y el conocimiento personal de Carpentier, nos produjo un segundo impacto la aparición de *Los pasos perdidos*, sobre la cual escribimos también un ensayo en *El Nacional*.

Motivados por esas obras, nos propusimos escribir un libro sobre aquella singular narrativa, que nos lucía tan llena de novedades y sorpresas. Sin embargo, conviene advertir que para ese entonces no podría hablarse propiamente de una amistad personal entre Alejo y nosotros. Debemos confesar que aún, y pese a encontrarnos con frecuencia, lo veíamos muy a la distancia, como separados por una barrera de timidez frente a quien ya empezaba a perfilarse como un nuevo *monstruo* de la literatura de lengua castellana. Esto no obstante que Carpentier fue toda su vida un hombre de extrema sencillez, sumamente asequible para todo el mundo, verdaderamente una contrafigura –como nos lo decía una vez Lilia, su insigne compañera– de lo que suele ser en todas partes un intelectual.

Todavía para 1959, cuando los Carpentier se marchan de Venezuela definitivamente, nuestra relación personal era escasa y lejana. Habíamos escrito sobre todos los otros libros que Alejo fue publicando durante su estada en Caracas. Y subsistía nuestra idea de escribir acerca de su obra en conjunto. Sin embargo, los propósitos del escritor no siempre coinciden con los requerimientos del ciudadano. La necesidad de ganarnos la vida, por una parte –vida que en nuestro caso incluía la de esposa e hijos–, y por la otra el enfrentamiento, que entonces convocaba con perentoria prioridad nuestras voluntades, a la feroz dictadura militar derrocada en enero de 1958, ponían vallas infranqueables a los buenos deseos. Fue apenas hacia 1965 cuando pudimos dedicar esfuerzos y ratos libres a la empresa que hacía tiempo nos incitaba.

Mientras tanto, la obra y la figura de Carpentier habían ido creciendo, sobre todo en prestigio, incluso más allá del mundo de habla castellana. Como se sabe, después de concluido *El siglo de las luces*, un año antes del regreso de su autor a Cuba y su dedicación al trabajo como servidor de la Revolución, se produce un largo paréntesis durante el cual Carpentier deja de escribir obras narrativas. Es un período de muy intensa actividad extraliteraria. Su producción intelectual se limita a materiales periodísticos y

ensayísticos, conferencias, discursos y ponencias en reuniones de escritores, dentro y fuera de Cuba... Parte de esa producción fue recogida en *Tientos y diferencias*, un libro fundamental como complemento y clave que ayuda enormemente a comprender su obra narrativa. Pero es sólo a partir de 1971 cuando esta se reanuda. Ese año empieza a escribir *El recurso del método*, publicada en 1974, cuando Alejo alcanza los 70 años de edad. Y ya no va a parar de nuevo sino por imposición de la muerte, en 1980.

Gran regocijo produjo la aparición de esa novela, casi simultáneamente con la pequeña obra maestra que es *Concierto barroco* (1974). A partir de ese momento Alejo se entregó de nuevo, febrilmente, a la creación literaria, resultado de lo cual fueron sus dos últimas novelas, *La consagración de la primavera* (1978), extensa y monumental, y *El arpa y la sombra* (1979), novela breve, de dimensiones parecidas a las de *El acoso* y *Concierto barroco*. Al morir, trabajaba en un nuevo libro.

A mediados de 1970 la Universidad Central de Venezuela publicó nuestro libro *La obra narrativa de Alejo Carpentier*. Producto de muchos años de trabajo, se represan allí no sólo el entusiasmo juvenil que la narrativa carpenteriana despertó en nosotros desde su descubrimiento en 1953, sino también las ideas y apreciaciones que habían ido naciendo al calor de ese entusiasmo, pero también al hilo de numerosas lecturas y relecturas de aquellos relatos deslumbrantes. Fue a propósito de ese libro, además, que se inició nuestra verdadera amistad con Lilia y Alejo, que para nosotros resultó no sólo honrosa, sino también enormemente placentera y fecunda. En 1968 tuvimos ocasión de hacer una visita a los Carpentier en París. Después vendrían muchas más. Esa vez, de paso para Londres, le dejamos a Alejo una copia del manuscrito de nuestro trabajo. Y de regreso en París, de nuevo tuvimos la invalorable dicha de escuchar de él los elogios más entusiastas y comprometedores. Testigo de esa noche, para nosotros memorable, fue nuestro fraterno amigo, el sociólogo venezolano Ramón Losada Aldana.

Visto a la distancia, ese libro sobre la narrativa carpenteriana nos resulta hoy justo, pero incompleto. No sólo porque posteriormente Alejo produjo nuevas obras fundamentales dentro del cuadro de la narrativa de lengua castellana, sino también porque cuando lo escribimos carecíamos de una serie de datos y de in-

formaciones que posteriormente fuimos adquiriendo. El conocimiento, por ejemplo, del copioso material periodístico producido por Carpentier durante los años veinte y treinta, posible para nosotros sólo a partir de su publicación –aunque parcial bastante ilustrativa– en dos volúmenes, hecha en La Habana después de la aparición de nuestro libro, nos abrió una nueva perspectiva a partir de la cual, si bien se corroboraban casi todos los planteamientos que hasta entonces habíamos formulado sobre la obra de Carpentier, se ampliaba considerablemente la base de sustentación de esos planteamientos, al mismo tiempo que se nos daban las claves para comprender mejor ciertos aspectos, y para descubrir nuevas facetas y detectar nuevos valores.

Inquietante resulta, desde luego, para un crítico el estudio de un autor cuya obra está en pleno desarrollo. Máxime en un caso como el de Alejo, en que, como ya hemos dicho, la calidad e importancia de esa obra va en un constante crecimiento. De allí que, comprendiendo cabalmente el valor de nuestro libro sobre la narrativa carpenteriana, y conscientes por ello mismo de sus fallas y limitaciones, nos propusimos escribir un nuevo libro que pusiese al día nuestra visión crítica de aquella obra ya, sin duda, monumental.

Este propósito se vio favorecido por dos hechos. En primer lugar, nuestro estudio de la obra carpenteriana había sido constante e intenso. Hasta el punto de que hoy, al margen del anterior y de este nuevo libro, son bastante más de un centenar los trabajos sobre esa obra que en forma de artículos, crónicas, conferencias, entrevistas y ensayos hemos publicado en periódicos y revistas de diversos países. En segundo lugar, la inesperada y feliz circunstancia de que en 1978 fuéramos invitados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) a dictar un curso intensivo sobre la narrativa de Carpentier. Así lo hicimos entre mayo y junio de ese año. Nuestras notas para ese curso, y la versión grabada de cada una de las conferencias dictadas, son la base de este libro. Sin embargo, el libro comprende mucho más que el curso. Tanto porque muchos de los puntos contemplados en este se ampliaron considerablemente al tratarlos por escrito, como porque posteriormente Carpentier publicó nuevas obras, las cuales en el curso de la UNAM apenas

fueron mencionadas, pues entonces se hallaban sólo en proceso de elaboración. En todo caso, por muchas razones además de las dichas, este libro es totalmente nuevo respecto del anterior.

Con explicable orgullo hemos dicho varias veces que nuestro vínculo con la obra y la persona de Carpentier, así como la admiración y el afecto que por él sentimos, se tornan incluso en agradecimiento, porque nuestra formación como crítico literario, y en general como escritor, ha corrido paralela con la producción literaria de Alejo, y ha sido en mucho un proceso desarrollado al calor de la lectura de sus narraciones, sus crónicas, sus reportajes, sus entrevistas y sus ensayos, además de que, por un lapso de no menos de doce años, entre 1968 y 1980, mantuvimos un contacto muy estrecho, sucediéndose las cartas, las llamadas telefónicas y las reuniones personales con bastante regularidad. Durante las numerosas veces que nos vimos, en La Habana, en Caracas y en París, mantuvimos muchas horas de conversación, siempre en la tonificante compañía de nuestras mujeres, Lilia y Mercedes.

Para esta nueva edición, además de haber revisado cuidadosamente la anterior y corregido sus numerosas erratas, hemos agregado dos nuevos capítulos. Uno, integrado dentro de la “Introducción”, trata sobre la obra ensayística de Carpentier, y en él analizamos su pensamiento teórico sobre la narrativa y la creación literaria en general, y sobre la cultura. En el otro analizamos la obra teatral de Alejo, y en especial su drama *La aprendiz de bruja*. De este modo, el libro comprende una visión totalizadora sobre la obra de Carpentier. En esta edición, además, hemos rescatado el título original del libro, que en su primera edición el editor creyó conveniente, con nuestra anuencia, cambiar por el que entonces tuvo.

No se crea, sin embargo, que este libro tenga la pretensión de ser definitivo ni concluyente. Primero, por el carácter precario y en cierto modo provisional de toda crítica literaria, que induce a revisar constantemente lo escrito y determina no pocos cambios, a veces profundos, de perspectiva, además de importantes replanteamientos. Segundo, porque estamos convencidos de que el análisis y valoración de la obra carpenteriana está muy lejos de haber sido agotado por nosotros, pese a que no tenemos por qué dejar de reconocer que hemos trabajado en ella intensivamente. Otros

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

estudios vendrán, sin duda. Nosotros mismos no estamos seguros de que nuestro estudio de esa inmensa obra haya concluido.

Caracas, mayo de 2008
Alexis Márquez Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Si nos tocara resumir en una apretada frase la enorme importancia de Alejo Carpentier en el desarrollo de la literatura de nuestro Continente, diríamos que él es el *iniciador* de lo que se ha dado en llamar la *nueva narrativa latinoamericana*. *Iniciador*, decimos, que no *precursor*, pese a que la mayoría de los exponentes de esa *nueva narrativa* son mucho más jóvenes, y sus obras, por ello mismo, muy posteriores a las primeras novelas fundamentales de Carpentier, con las que, precisamente, da inicio a ese importante movimiento. Carpentier tiene, en efecto, el raro privilegio de “repicar y andar en la procesión”, contraviniendo el viejo aforismo.

Él, ciertamente, formula toda una teoría de lo que ha de ser la novela latinoamericana a lo largo de su evolución histórica, y al mismo tiempo realiza una novelística que en todo responde a esa formulación teórica. Es decir, enuncia la teoría y trajina la praxis.

No se trata, por lo demás, de una teoría formulada a posteriori. El 1 de septiembre de 1953 Carpentier escribe en el diario *El Nacional*, de Caracas, en un artículo de su célebre columna “Letra y solfa”, lo siguiente:

...en América Latina pasaron los tiempos de la correcta ejecución de una novela, de acuerdo con un excelente modelo. No se trata ya de pensar que la novela escrita puede ser “tan buena” como una de Graham Greene; “tan buena” –bajo su cielo, se entiende– como una de Malraux o tal relato de Faulkner. Además de que esto siempre puede resultar discutible, el problema ha cambiado totalmente. En el siglo XIX escribir una novela “tan buena”, acaso, como esta de Daudet o

aquella de Zola, podía constituir una laudable y necesaria ambición. Hoy ha sonado, para los cuentistas y novelistas de este continente, la hora difícil, gestatoria, decisiva, de empezar a encontrar para sí mismas expresiones nuevas, formas nuevas, nuevas soluciones a los problemas literarios planteados –como Rubén Darío o Pablo Neruda supieron hallarlos para su obra poética¹.

Es conveniente prestar atención a la fecha en que esto se escribe, en 1953, muchos años antes de que aparezcan las principales novelas que van a permitir que se hable de un *boom* en la narrativa latinoamericana. No creemos, con Carpentier, en el famoso *boom*. Entre otras razones porque la publicación de novelas como *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, en 1958; *Rayuela*, de Julio Cortázar, en 1963; *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, en 1964; y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, en 1967, para no citar sino las más emblemáticas, no vino a constituir propiamente una explosión inesperada en el proceso de nuestra narrativa, como lo sugiere la palabra *boom*. Mas bien podría hablarse de un momento estelar, de gran madurez, dentro de ese proceso, en que coinciden unos cuantos gigantes de la narrativa continental, y en el que se producen en el breve lapso de diez años obras de extraordinario valor, como las cuatro mencionadas, amén de otras hartamente conocidas. Pero de hecho el movimiento dentro del cual se inscribe ese momento estelar había comenzado muchos años antes, entre otros precisamente con Carpentier, que en 1949 publica *El reino de este mundo*, y aún más atrás, en 1944, un cuento, “Viaje a la semilla”, absolutamente novedoso frente a todo lo que en materia de narrativa se hacía entonces en Latinoamérica. No hay, pues, explosión; no hay *boom*. Hay, eso sí, fecunda maduración dentro de un proceso que se venía desarrollando con cierta lentitud, y que de pronto se acelera.

Por otra parte, el artículo que arriba citamos tenía un importante antecedente, un ensayo que Carpentier había publicado en la revista francesa *Le Cahier*, en 1932. Escrito en francés, y cuyo título en castellano es “Puntos cardinales de la novela latinoame-

¹ Alejo Carpentier: “La hora difícil”. *El Nacional*, Caracas, 1 de septiembre de 1953. Rep. en *Letra y solfa*. Síntesis Dos mil. Caracas; 1975, pp. 28-30.

ricana de hoy”, este trabajo es un agudo análisis de la novela latinoamericana en aquel momento, fines de la década de los años 20 y comienzo de la de los 30. Hacia el final del ensayo Carpentier se detiene en el comentario de cuatro de esas novelas que entonces habían causado gran interés entre los lectores, incluso europeos: Doña Bárbara, de Rómulo Gallegos; Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes; La vorágine, de José Eustasio Rivera, y Las lanzas coloradas, de Arturo Úslar Pietri, y luego Carpentier anota, a manera de conclusión, lo siguiente:

Habría todavía mucho que decir acerca de la novela moderna de América Latina. Pero las obras citadas –puntos cardinales– nos dan ya una idea de las características muy particulares de esta producción, a la que debemos por lo pronto algunos libros de gran importancia. Por su aspereza, por las nuevas visiones que ella nos ofrece, por el rostro inesperado de los lugares que ella evoca, la novela latinoamericana no tardará, sin duda, en ocupar dentro de la literatura mundial el lugar que se merece.

Como se ve, pues, allí el entonces muy joven Carpentier, con una envidiable visión de futuro, anuncia el llamado boom con más de veinticinco años de antelación.

Llegados a este punto, y antes de entrar de lleno en el análisis de la narrativa carpenteriana, conviene que pasemos revista a su pensamiento teórico en relación con la narrativa.